

# La inmigración árabe en la literatura chilena

LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA\*

Los estudios historiográficos relativos a la inmigración extranjera en Chile, a partir de las obras de Solberg y de Blancpain<sup>1</sup>, han puesto de manifiesto aspectos sustanciales de este proceso. Así se han analizado entre otras temáticas, las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos, las características demográficas de los grupos foráneos, las estrategias de inserción social a través de las pautas connubiales y de las instituciones fundadas en las diversas colectividades, el antiinmigracionismo nacionalista, el notable aporte de los extranjeros (no obstante su escaso número) a la economía del país, particularmente en el comercio y en la industria.

Sin embargo, estimamos que es necesario intimar en el proceso, es decir aproximarnos más a la dimensión humana de él, a la consideración del inmigrante como actor social, como sujeto que asume sus propias decisiones y que sufre las reacciones de otros sujetos, en el contexto global del fenómeno migratorio. En esta perspectiva debe mencionarse el trabajo de Paula Zaldívar sobre mujeres inmigrantes italianas, en que aborda el impacto del traslado en ellas por medio de la historia oral, demostrando la utilidad de tal metodología para el acercamiento que nos preocupa<sup>2</sup>.

\*LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA: Profesor de Historia de Chile en el Departamento de Historia de la universidad de Concepción.

<sup>1</sup>Carl Solberg, *Immigration and nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970, y Jean-Pierre Blancpain, *Les allemands au Chili (1816-1945)*, Koln/Wien, Bohlau Verlag, 1974.

<sup>2</sup>"Identidad, imágenes y recuerdos de quince mujeres italianas en Chile", en *Archivio Storico degli Italiani in Cile*, vol. III, Santiago, Edizioni "Presenza", 1991.

Creemos que otra forma de aproximarnos al sujeto histórico migrante es a través de la literatura. Por ello en este trabajo nos proponemos abordar el tema de la inmigración árabe en el país en base de los relatos literarios. Es cierto que éstos no constituyen una fuente histórica fidedigna en un sentido heurístico tradicional, pero no es nuestro propósito hacer una historia documental de la inmigración árabe en el país, sino ilustrar algunos aspectos de ella que estimamos bien reflejados en la literatura y recoger las inquietudes que nos sugieren los relatos, susceptibles de ser indagadas y profundizadas después con el método histórico. Cabe destacar que la narrativa concerniente a la inmigración árabe está hecha básicamente con los testimonios de padres y abuelos migrantes de los narradores, lo que se acerca a una suerte de historia oral. Además que se cuenta con el testimonio directo de un protagonista, como lo es la muy conocida obra del sirio Benedicto Chuaqui<sup>3</sup>.

Son variados los aspectos de esta inmigración, que se desarrolló en el país principalmente en las primeras décadas de este siglo, cuyo conocimiento puede ser incentivado y enriquecido por la literatura. En este trabajo nos limitamos a la decisión de emigrar, la mujer y su rol relevante en el endogenismo de la colectividad, el deseo del retorno y el tema del prejuicio, aspecto este último que ha merecido mayor atención.

### *LA DECISION DE EMIGRAR*

Desde una perspectiva estructural, los estudios migratorios en la consideración de las razones que motivan los desplazamientos, han insistido en distinguir entre los *push factors* y los *pull factors*, los factores de rechazo y de atracción, que globalmente determinan áreas de salida y áreas de recepción. La expansión capitalista de fines del siglo pasado y comienzos del presente, en países del continente americano, fundamentalmente en Norteamérica y en los países de la vertiente atlántica de la América del Sur, origina una demanda de mano de obra, circunstancia de atracción para posibles emigrantes de áreas europeas económicamente deprimidas.

<sup>3</sup>*Memorias de un emigrante*, 2a. edic., Santiago, Editorial Nascimento, 1957.

Las estrecheces económicas están presentes asimismo en las decisiones de emigrar en el Cercano Oriente. “En Homs –dice Chuaqui– por lo menos en la época a la cual me refiero, 1895, año de mi nacimiento, la mayor parte de su población estaba compuesta por familias de recursos económicos muy limitados...”<sup>4</sup>.

Pero no son sólo las penurias económicas las que determinan un ambiente que propicia la salida. Se hace sentir, además, el peso de la dominación extranjera. “Allí creció en medio de otras familias de palestinos, también inmigrantes como la suya, las que habían venido a América hacía una década, buscando un país donde pudiesen vivir en paz, lejos del fantasma de la guerra y la dominación turca”<sup>5</sup>. Ese peso que hace a veces insoportable la vida, como expresa Chuaqui. Se sufre la imposición de obligaciones, las hostilidades, vivir privado de libertad en el propio suelo, el temor permanente a las delaciones, a ser enganchado en el ejército turco, a morir a manos de los invasores. Sacudirse de ese yugo es sólo un sueño. “Cierta noche –meses antes de emigrar– soñó que diezmaba una columna de soldados turcos montados en caballos alados de color azul, revoleando un alfanje de brillo generoso, que tenía el mágico poder de cercenarles el cuello a los jinetes al despedir un haz enceguecedor de luz plateada”<sup>6</sup>. Sí es posible que el dominio cese, pero sólo para ser suplantado por otros dominadores. A la tierra empiezan a llegar, además, los judíos europeos. “Vendrán de a poco, los recibiremos como quien recibe a los hermanos, abriremos nuestros hogares y prestaremos nuestros instrumentos de trabajo, los invitaremos a trabajar el olivo y la pesca”<sup>7</sup>.

Pobreza y yugo resumen las circunstancias que incitan sobre todo a los jóvenes a salir. “Escúchame Hanna: ¡iríamos varios! En Beit-Yala están los hermanos Ibsálem –Chucrí y Nayib– y, además, el jibado Yacub Marbat. ¿Le conoces? ¡Nos iríamos todos en un mismo grupo! ¿Comprendes?, ¡marcharnos de Palestina, conocer otras gentes, trabajar algunos años y

<sup>4</sup>*Ibidem*, p. 11.

<sup>5</sup>Walter Garib, *El viajero de la alfombra mágica*, 2ª edic., Santiago, Editorial Fértil Provincia, 1991, p. 26.

<sup>6</sup>*Ibidem*, p. 184.

<sup>7</sup>Jaime Hales, *Peregrino de ojos brillantes*, Santiago, Editora de las Casas, 1995, p. 127. En la novela de Hales, a diferencia de otros textos consultados, la “fantasía” prevalece sobre el testimonio real.

hacernos ricos!”<sup>8</sup>. En contraposición al mustio horizonte en el *iliblad* (terruño), surge la idealización de América, la tierra donde la riqueza está al alcance de la mano; tierras que se conjeturan milagrosas. La lejanía, el casi absoluto desconocimiento y las propias ilusiones se conjugan para acrecentar la supuesta prodigalidad. Los jóvenes palestinos del relato de Sarah parten con la creencia de que en Argentina los ríos llevan oro. Uno de ellos, apenas arribado, pregunta a unos compatriotas que los habían precedido si ya habían sacado el oro, que en su imaginación manaba abundante en los ríos. Pronto advierten que en vez de ríos con oro, tiene que recurrirse al pregón de mercaderías con canastos en los brazos. En todo caso, el proyecto inmigratorio ya está iniciado.

### LA MUJER EN LA MIGRACION ARABE

Los movimientos migratorios internacionales se caracterizan por el predominio de los hombres, de manera tal que en los grupos migrantes se acusa un notorio desequilibrio por sexo. La mujer, por lo general, no participa como sujeto que asume sus propias decisiones, sino que va a la zaga de las determinaciones de los maridos en el caso de las casadas y de los padres en el de las solteras.

Sin embargo, existen perspectivas íntimas en que se advierte un mayor protagonismo de la mujer. Como madres sufren la separación de los hijos. “La madre de Hanna abandonó las vasijas untadas de leche y se puso a gemir, levantando los brazos por encima de la cabeza. —¡No le volveremos a ver, Issa! —lloraba—. ¡Lo presiente mi corazón de madre! ¡Por Al-lah, no le dejes marchar, que me consumiré de tristeza! ¿Qué gusano se le ha metido ahora en los sesos?”. El dolor de las madres resulta premonitorio. “—Escúchame, Mitri... ¡Yo también quiero ir! Anhele marcharme con vosotros, pero me destroza el llanto de mi madre. Dice... ¡que no regresaremos más! Que si llegamos a volver algún día, sólo encontraremos su sepultura. ¿Comprendes? ¡Tal vez eso pueda ser verdad! ¡Es mi madre y sufre mucho!”<sup>9</sup>. Esa

<sup>8</sup>Roberto Sarah C. *Los turcos*, Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1961, p. 33.

<sup>9</sup>*Ibidem*, pp. 35 y 38.

angustia materna causa una tensión a muchos *félahs* (campesinos) de las aldeas de Beith-Sahur, Beith-Yala, Belén, Ramálh-ah, Nablus, Irtás, Aljader, Ashkout u otras. Más allá de las frías cifras que pudieran estimarse en las tasas de salida, es posible que muchos hayan pospuesto su voluntad de salir ante estos requerimientos maternos.

Pero sí en el movimiento efectivo las mujeres tienen un rol por lo menos aparentemente secundario. Por lo demás en ello no se sigue sino la misma condición que compete a la mujer en la sociedad de origen, en la que el tradicionalismo marca su postergación. Chuaqui recuerda la envidia de una tía que se lamentaba por haber tenido sólo hijas. Con timidez una novia se atreve a preguntar a la madre como es el prometido. “Tu padre lo conoce. ¿Pero qué importa cómo sea? Un novio es un novio y eso es suficiente. Vete ahora a la cocina”, recibe en respuesta. “Sí, le amaré –pensaba, revolviendo con la cuchara de madera el arroz–... Le querré mucho y le prepararé las comidas que más le apetezcan... ¡Bulus! ¡Oh, Al-lah, haz que no sea demasiado feo y que no tenga la nariz larga! ¡Te lo pido con todo mi corazón... te lo pido, o Al-lah, humildemente...!”<sup>10</sup>.

Muchas mujeres árabes viajan en los barcos para reunirse con esposos que ni siquiera conocen. Littin, que narra la historia de un emigrante griego, describe la presencia en el barco de jóvenes mujeres árabes de trece, catorce o dieciséis años que viajan a Chile con este objetivo, expuestas a todos los riesgos de la travesía. “Las jóvenes mujeres, sin rostro o expresión reconocible, se apretaban despavoridas contra las frías y húmedas paredes, arrastrándose en los charcos de agua sucia, sucia de sus propios desechos. Kristos avanzó en la semi-obscuridad. De pronto vio a tres marineros intentando violar a una de ellas, inmovilizándole su cuerpo, abriéndole las piernas, rasgando sus vestiduras. Un poco más lejos vio a un hombre grueso quien con un balde en las manos lanzaba agua sobre los pobres cuerpos ateridos por el terror”<sup>11</sup>. Chuaqui se percata que son mujeres la mayor parte de sus compañeros de viaje, no faltando el marinero que rondara cerca de sus camarotes para intentar mancillar a alguna su honra, valor tanpreciado en la sociedad árabe. Pero algunos de los futuros esposos parece que no toman

<sup>10</sup>*Ibidem*, p. 25.

<sup>11</sup>Miguel Littin. *El viajero de las cuatro estaciones*, Santiago. Editorial Antártica S.A., 1990, p. 35.

en cuenta estos riesgos y pagan por el pasaje de las novias, que son trasladadas como cargamento. Otros sí viajan al *iliblad* con el expreso propósito de buscar entre las jóvenes del lugar a la compañera con la que habrían de formar un hogar en el país de destino.

Y es que el endogenismo del grupo es una opción que no admite alternativa. Es cierto que los árabes constituyen uno de los grupos que más sufre los efectos del prejuicio y del rechazo. Para las jóvenes criollas el enlace con estos extranjeros no es una instancia de movilidad social, como es considerada la unión con varones de otras nacionalidades. Pero estimamos que el enclaustramiento del grupo se debe fundamentalmente a una voluntad propia, al deseo de reproducir exactamente la sociedad de origen en el país de llegada. “Preferían casarse con una conterránea, a pesar de las penurias del largo viaje, el tiempo que se perdía y los gastos que no eran pocos”<sup>12</sup>. Al memorista sirio no le falta oportunidad para formar su hogar con alguna muchacha criolla, pero tiene siempre presente la promesa hecha de casarse con una compatriota.

Hay algunos que ceden a los impulsos del amor y rompiendo los tabúes de la sociedad originaria, deciden unirse con mujeres del país. Lo hace Hanna Nabal, protagonista de la novela de Sarah, que en sus recorridos de buhonero por los cerros de Valparaíso encuentra el amor de Carmen, con la que después de algún tiempo de convivencia y al quedar ella esperando un hijo resuelve casarse. Ese paso no puede ser comprendido, sino como una estupidez, por los propios compañeros con los que desde Palestina se ha aventurado hasta estas tierras de América. La convivencia encubierta o a ojos vista, que es una válvula de escape del exogenismo, puede ser aceptada, el matrimonio formal jamás. “¿Es que te has vuelto loco, querido Hanna? ¿Es posible que te hayas trastornado hasta el extremo de casarte... de querer casarte con una desconocida, ajena a tu raza, a nuestra raza? ¿Qué dirán tus padres? ¿Se lo has dicho? ¿No? ¿No te has atrevido!... —¡Déjala, Hanna! Te lo aconsejo. ¡Te sentirás avergonzado! Vivirás siempre como un ermitaño, oculto de los nuestros. ¡Nuestra sociedad va creciendo! Hay muchachas casaderas entre nuestros compatriotas; ¡puedes elegir! Aun sin necesidad de volver al *iliblad*, como pensábamos. Las hay bellísimas, ¡créeme! Las he visto más de una vez. Sólo están esperando que las conozcas... Si tanto quieres a

<sup>12</sup>Chuaqui, *op. cit.*, p. 74.

esa mujer, vive con ella, ¡pero no te cases! Sé sensato; deja de ser imbécil, que te arrepentirás el resto de tu vida. Darás un golpe de muerte a tus padres”<sup>13</sup>. La presionante situación es dolorosamente salvada al morir la criolla en el terremoto de 1906. Años después el *télhami* (habitante de Belén) retomaría la norma ancestral, uniéndose a una joven de la colectividad.

Otro transgresor es Chucre Magdalani, hijo de una familia palestina en el relato de Garib, al desposar secretamente a una joven secretaria de la tienda de la familia. El escándalo se ve aumentado por tratarse del hijo mayor. La reacción más dura es la de la madre, Yamile, quien no se ha cansado de aconsejar a su hijo que viaje a Palestina a buscar una esposa y de escribir a los parientes para que ayuden en la búsqueda. “Aún estaba latente en la familia el recuerdo del día en que Yamile, al saber a través de una amiga que su hijo Chucre se había casado a escondidas con una extraña a sus costumbres, religión y nacionalidad y, para colmo, secretaria de la tienda, lo maldijo”. “A partir de hoy –sentenció– tenemos sólo un hijo”<sup>14</sup>. Años más tarde cuando el hijo lleva al nieto para que lo conozca su madre, ésta no aparta la vista del libro que lee, ignorando del todo al hijo y al nieto. Nuevos intentos resultan en vano. El odio a la extraña que le ha robado a su hijo mayor inunda su corazón. “...después consiguió una fotografía de la entrometida Marisol, y le atravesó alfileres, mientras invocaba el nombre del difunto Yubrail Magdalani”<sup>15</sup>.

La literatura puede exagerar las determinaciones de los sujetos históricos, tendencia tan perceptible en el realismo mágico latinoamericano, o bien sólo hacer más patética esas determinaciones. Creemos que hay más de esta segunda alternativa en el tema que nos ocupa.

Así la mujer árabe, por debajo de la sumisión a que está condenada por los atavismos de su sociedad tradicional, juega un rol fundamental en el etnocentrismo del grupo, contribuyendo a reproducir los mismos moldes de su sometimiento. Ella es vital en la conservación de las costumbres. Sigue pues, preparando los *malfut* (hojas de repollo hervidas, rellenas con carne y arroz), los *toursche* (trozos de coliflor escabechados en leche ácida)<sup>16</sup> y tantos guisos que componen la cocina tradicional. Sigue asimismo en

<sup>13</sup>Sarah, *op. cit.*, pp. 104 y 105.

<sup>14</sup>*Op. cit.*, pp. 24 y 225.

<sup>15</sup>*Ibidem*, p. 237.

<sup>16</sup>Las referencias en Sarah, *op. cit.*

cuartos separados en la convivencia social. “Los hombres se reunían en una pieza a conversar en forma más bien ruidosa, mientras las mujeres se relegaban a un rincón apartado de la casa a rezar y hablar en sordina”. “No bien llegaron los hombres del entierro, las mujeres se trasladaron a una pieza continua al salón para dejarles el recinto libre, porque ellas debían estar separadas de aquéllos, según lo prescribían las tradiciones”<sup>17</sup>. “Los viejos árabes –los hombres en una habitación y las mujeres en otra– conversaban animadamente, bebiendo *arak* y picoteando pepinillos en vinagre, almendras saladas, nueces y trozos de queso”<sup>18</sup>.

### EL DESEO DEL RETORNO

Como todos los emigrantes, los árabes salen con el firme propósito de regresar aunque las condiciones en el *iliblad* fueran duras. “Yo muy pronto volvería a ese querido pueblo. Apenas juntara cien libras, regresaría a instalarme con un buen negocio”. “Vine a Chile con la idea de volver a Siria después de unos tres años de permanecer aquí”<sup>19</sup>. “Dentro de unos años pensaba regresar a su tierra natal, rico...”<sup>20</sup> “–Juntos hemos venido –exclamó Nayib, con voz temblorosa– y espero que podamos regresar en la misma forma, si Al-lah nos ayuda y protege”<sup>21</sup>.

La nostalgia acicateadora del regreso aflora ya en las circunstancias mismas del viaje (“...subía a cubierta para contemplar el mar y entregarse a las nostalgias del emigrante”)<sup>22</sup> y, al arribar, en el contraste de las costumbres. Los sentidos reciben el impacto que llega al alma. Chuaqui recuerda “cuán destempladas y estridentes me parecían aquellas canciones. ¡Qué distinta de aquella dulce y lánguida melodía de las cítaras, laúdes y violines de mi tierra! La nostalgia me hacía pensar en ella como una cosa tan bella, que casi llegaba a lo extraterrenal”<sup>23</sup>. El mismo autor subraya que la música es lo más profundo y evocador.

<sup>17</sup>Garib, *op. cit.*, pp. 33 y 243.

<sup>18</sup>Sarah, *op. cit.*, p. 162.

<sup>19</sup>Chuaqui, *op. cit.*, pp. 109 y 214.

<sup>20</sup>Garib, *op. cit.*, p. 67.

<sup>21</sup>Sarah, *op. cit.*, p. 63.

<sup>22</sup>Garib, *op. cit.*, p. 134.

<sup>23</sup>*Op. cit.*, p. 158.



La hostilidad del medio también obra en favor del retorno. Es una pugna entre las gestiones empresariales que reeditúan ganancias y el rechazo de la sociedad receptora, pugna en la que algunos sucumben y vuelven antes de cumplir los propósitos que los han animado. El hermano de Hanna Nabal, Jalil, ni siquiera logra chapucear el idioma y sufre todo el rigor de la *turcofobia*, que le vale una golpiza y el encierro en la cárcel. No puede resistir y regresa con su esposa y su hijo.

Pero aunque no disponemos de cifras concretas, tenemos la impresión que la mayor parte permanecen. Las condiciones en el *iliblad* no cambian sustancialmente, lo que desanima el propósito inicial. “Con sus arábigos símbolos temblorosos por los años, el viejo Issa Nabal informaba vagamente a sus hijos acerca de la incierta situación de Tierra Santa que no tardó en quedar bajo el dominio de los ingleses después de haberlo estado durante largos años bajo la órbita de Turquía”<sup>24</sup>.

Los padres y las madres premonitorias van falleciendo. Así el hogar primigenio se deshace o cambia, perdiendo su sentido a los ojos de los hijos lejanos, como le sucede a Chuaqui al contraer su padre nuevas nupcias al quedar viudo. Y mientras la familia originaria se desvanece en el terruño, aumentan las relaciones familiares en el país de arriba con los matrimonios, los hijos y con la llegada de parientes. “Junto con la primera familia homsiense que partió a Chile, se embarcó mi hermana, que llegó a Santiago en una noche del mes de julio de 1911”<sup>25</sup>.

Los que regresan temporalmente pueden comprobar que las condiciones en el *iliblad* no son propicias. Entonces surgen en los relatos frases de este tenor: “Nuestra tierra está demasiado lejos”, “poco a poco la añoranza del terruño se iba haciendo más débil”, “el propósito del regreso se iba desmoronando con los años”.

El éxito económico es fundamental para posponer el regreso. Pocos alcanzan el fabuloso enriquecimiento que se proponen conseguir al momento de la partida. Uno de ellos es Mitri Sedán, en el relato de Sarah. Se halla “vinculado con los más importantes hombres de negocios y financistas del país. Recibía diariamente a conspicuas personalidades a las que hacía pasar a su cómodo despacho situado en la planta baja de la hilandería.

<sup>24</sup>Sarah, *op. cit.*, p. 173.

<sup>25</sup>Chuaqui, *op. cit.*, p. 216.

Brillaban allí los cristales y los cromos y había innecesarias alfombras. Se expresaba Mitri en castellano con corrección, y, a diferencia de otros emigrantes llegados al mismo tiempo que él y que aún hablaban en forma ruda, Mitri se esmeraba en la dicción y en la sintaxis, empleando las formas verbales propiamente. Solía tener entrevistas con intelectuales y pensadores. Su nombre era pronunciado con respetuoso temor por los empleados y obreros que cada mañana veíanlo llegar a su oficina conduciendo uno de los últimos modelos de automóvil...<sup>26</sup>. Sedán causa la envidia de los compatriotas que no han logrado trepar a las mismas alturas. Pero todos los que se quedan han conseguido mejorar la situación que tenían en el país de origen, empezando desde el modesto oficio de faltés.

Y así “los cementerios de Guadalajara y de Tegucigalpa, los de Cali y de Santiago de Chile, como los de Managua, Nueva York y Buenos Aires; los camposantos de El Cuzco, de Caracas y Valparaíso; los de Montevideo, Sao Paulo e Iquique; los de Ciudad de México, Mendoza, Chihuahua y Tocopilla, y los de Magallanes, Curitiba y La Habana, eran ricos en huesos de inmigrantes, huesos de todas las edades, huesos que habían sido o eran aún jóvenes y cuyos dueños habían jurado llevárselos de regreso a su tierra; adolescentes hechizados que habían prometido morir en Jerusalén, en Beit-Sahur, en Aleppo o en Jericó, en Belén o en Homs, en Nablus o Beit-Yala, estaban allí, sin embargo, sepultados en América bajo húmedas tierras tropicales o en nevadas sepulturas de ciudades frías, centenares de miles, atrapados por la falaz sirena americana que les había dado la vida y la esperanza, el oro y la muerte”<sup>27</sup>.

## EL PREJUICIO

La *turcofobia*, el rechazo a los inmigrantes procedentes del Cercano Oriente, ha sido tratada en la historiografía por Carl Solberg, Gonzalo Vial y más recientemente por Antonia Rebolledo Hernández<sup>28</sup>. Sin duda conformaron

<sup>26</sup>*Op. cit.*, p. 177.

<sup>27</sup>*Ibidem*, p.185.

<sup>28</sup>Solberg, *op. cit.* Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. 1, tomo II, Santiago, Editorial Santillana del Pacífico, 1981. Rebolledo Hernández, “La ‘Turcofobia’, Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950”, en *Historia* N° 28, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia U. Católica, 1994, pp. 249-272.

uno de los grupos más discriminados. Los relatos abundan en referencias al estigma, los “turcos despatriados”, “turcos de mierda” y en el mejor de los casos, como forma lisonjera, “no parece turco”.

¿Hay alguna diferenciación en la actitud hacia los árabes de los distintos sectores sociales? Algunas trazas de una acogida más favorable en sectores rurales y populares parecen advertirse en el texto de Littin que aunque, como ya indicamos, trata de un inmigrante griego, hay en él continuas referencias a los árabes. “Visitó las oscuras chozas de los campesinos, comió cazuela de ave, probó los chunchules y los arrollados, se emborrachó con vagabundos que contaban fantásticas historias de aparecidos y terremotos; sobre todo, se iba por las tardes a mirar la llegada del tren y a los comerciantes árabes que iban y venían vendiendo baratijas, telas de profusos colores, y estampitas de la Virgen del Carmen, patrona y reina de Chile”<sup>29</sup>. El trato más frecuente con esos sectores, producto de su función de buhoneros en los campos y en los conventillos y cités, produce un mayor acercamiento, un conocimiento mutuo. Pero el oprobio y el rechazo estaban prontos a surgir, en cualquier circunstancia, incluso por motivos erróneos como lo es el mismo patronímico endilgado a los que, por paradoja, han escapado precisamente de la opresión turca. Una situación de esta naturaleza describe Littin en la comuna rural de la Palmilla, en Colchagua. Al recibirse allí las informaciones sobre la Segunda Guerra, un lugareño achaca a los “turcos” la culpa del conflicto, veredicto que es rápidamente aceptado, urdiéndose una extraña identificación entre la condición de “turco” y la de comunista y, por tanto, en un ignaro razonamiento, provocadores de guerras. Basta eso para emprenderlas contra los árabes del lugar. “—¡Deténganse, salvajes! ¡Todos ustedes están locos! Nada les hizo esta pobre gente. ¿Que no son humanos, humanos como ustedes? —¡Son turcos! —gritó uno de la turba— ¡Comunistas!, gritó Merelo...”<sup>30</sup>. No mejor le va a don Abraham, en la misma narración, quien queriendo evitarse problemas declara en la plaza del pueblo que él no tiene más patria que su tienda, ni más bandera que su nombre. Debe arrancar perseguido por la turba.

Aquellos que se aventuran a emitir opiniones políticas corren graves riesgos si ellas no son del agrado de los oyentes. “Cierta vez, en Cochabamba,

<sup>29</sup>*Op. cit.*, p. 113.

<sup>30</sup>*Ibidem*, p. 175.

se trenzó a puñetazos en medio de la tienda con un hombre porque éste le dijo ‘turco de mierda’, al expresarse Aziz de manera desdeñosa de la Junta Militar que en ese tiempo gobernaba el país. ‘No debió usted hacer eso, papá’, le manifestó Chafik; temía que el sujeto, luego de haber recibido unos buenos golpes en la cara, denunciara a su padre por injuriar a la autoridad. El desconocido no lo hizo, pero por mucho tiempo los Magdalani vivieron aterrorizados...”<sup>31</sup>.

Los emigrantes árabes que se instalan en Chile tienen antes estadías intermedias en otros países de Latinoamérica, pudiendo comprobar que la hostilidad es una actitud generalizada. Buenos Aires es paso obligado para muchos, antes de proseguir el viaje por tierra hasta Chile. En el puerto del Plata a la llegada de los árabes afluye espontáneo el “¡turcos, turcos!” de la injuria, seguido hasta de pedradas.

Su fisonomía los hace inconfundibles. Sarah describe la apariencia de esos emigrantes, antes de que pudieran comprarse ropas más adecuadas a los usos del país. “Usaban a la sazón alpargatas y una camisa rayada o blanca bajo un gastado saco de vestir que habían comprado de segunda mano a un ropavejero, todo lo cual confería a algunos de ellos una vaga apariencia de presidiarios pues llevaban, además, el cabello siempre largo para ahorrarse el peluquero...”<sup>32</sup>.

Las dificultades para pronunciar con corrección una lengua extraña también los delata. Chuaqui recuerda cómo al pregonar mercaderías voceando “¡cosa tenda!” por “cosas de tienda”, irrumpe pronto el oprobioso ¡turco de mierda! gritado a coro. Los rumores que se esparcen desprestigiándolos contribuyen a la repulsa. “Los turcos venden cosas robadas –advertían–. No hay que fiarse de ellos”<sup>33</sup>. Y no tienen a quién recurrir porque hasta los guardianes y policías están en su contra, aun cuando ellos sean los robados, como le ocurre a Jalil, el hermano de Hanna Nabal. Jalil, ya sabemos, opta por regresar. Pero la mayoría prefiere soportar, porque en el balance suman más las ganancias y éstas salen de los bolsillos de quienes los vejan. “Nos insultan cuanto pueden riéndose a

<sup>31</sup>Garib, *op. cit.*, p. 229.

<sup>32</sup>*Op. cit.*, p. 81.

<sup>33</sup>*Ibidem*, p. 80.

nuestra costa... [pero] en el fondo son buenas gentes y gastan todo el dinero que pueden”<sup>34</sup>.

Contrasta la actitud hacia los árabes con el beneplácito con que se recibe a los emigrantes de otras nacionalidades. “Después, en el club, comentaría frente a sus amigos. –Todos estos turcos son iguales, ni para morir tienen decencia– y hablarían entonces sobre otras inmigraciones. Los alemanes, los vascos, que sí trajeron progreso y prosperidad al país...”<sup>35</sup>. Es el europeísmo, la admiración por todo lo europeo y por su gente, que desde la elite empapa a todos los sectores.

El prejuicio no distingue edades; los niños también lo sufren. “A Miguel Ernesto, como a los demás niños hijos de árabes, le llamaron en la calle ‘turco’. Vivían entonces en la contradicción de no saber qué hacer, ni quiénes realmente eran, ya que en sus casas hablaban en árabe y se referían a ellos como ‘los chilenos’, y en la calle les llamaban ‘turcos’. En el internado sus compañeros de escuela les gritaban, acosándolos durante el recreo”<sup>36</sup>. Mitri Sedán, el palestino enriquecido de la narración de Sarah, se ve obligado a retirar a su hija de un colegio de religiosas por las mofas de sus compañeras.

Hay algunos que por el rechazo e incentivados por el arribismo recurren a disfrazar sus orígenes. “...había quienes se avergonzaban de su origen, ocultándolo delante de sus amigos y condiscípulos, en la calle y en las escuelas, asegurándoles, por ejemplo, que sus padres eran griegos o rumanos”<sup>37</sup>. Bachir Magdalani imagina una sinuosa genealogía antojándosele que sus antepasados habían partido a Palestina en alguna de las Cruzadas y que alguno de ellos, distinguido por sus méritos militares, había recibido el título de caballero. No puede precisar si tal caballero era francés o italiano, pero de seguro no era de origen árabe. “Penélope del Pilar, desde el mismo día en que su padre habló de su ascendencia italiana o francesa, empezó a cambiar de amistades y a desconocer a cuanto pariente no tuviese el apellido Magdalani, rehuyendo además a los que lo tenían”<sup>38</sup>. Penélope y la otra hija, Andrea, adosan la trama del padre y surgen los parentescos con papas,

<sup>34</sup>*Ibidem*.

<sup>35</sup>Littin, *op. cit.*, p. 212.

<sup>36</sup>*Ibidem*, p. 217.

<sup>37</sup>Sarah, *op. cit.*, p. 132.

<sup>38</sup>Garib, *op. cit.*, p. 21.

escritores y pintores del Renacimiento. En su arribismo buscan ser aceptadas por la elite, llegando hasta ofrecer una fiesta de estreno en sociedad. Los jóvenes aristócratas acuden a la mansión de la familia, pero no para corresponder a la gentil invitación, sino para descargar toda la furia del rechazo de la elite a los prejuiciados entrometidos. No hay destrozo que dejen de hacer. “No satisfechos, los desalmados habían orinado sobre dos sillas isabelinas, en cuyo tapiz rosa pálido aparecían las inconfundibles manchas del ultraje. ‘¡Qué fiesta!’, reflexionó Bachir Magdalani, mientras sus ojos recorrían los libros destruidos y desparramados por el suelo, todos ellos comprados según las sugerencias de una revista femenina, y que ni Estrella, ni sus hijas Penélope del Pilar y Andrea, ni el mismo, se habían dignado abrir para leer al menos la primera página”<sup>39</sup>.

Sarah busca en otra forma socavar la impermeabilidad de la elite. Ficcionaliza el matrimonio de Salvador, hijo de Hanna Nabal, con una joven aristócrata, causando el horror de los padres de ésta, y lo eleva a candidato a la presidencia de la República con el apoyo popular. Pero, tanto el matrimonio como la candidatura fracasan, como queriendo expresar con ello que todo intento de romper la barrera resulta inútil.

El miedo a la inmigración en la sátira de Bunster hace imaginar un ficticio Chile del futuro en que los árabes y también los judíos dominan en todas las esferas. Hasta la avenida principal del suntuoso barrio “Apuquindo” (nombre escrito así para imitar la deformada pronunciación de los árabes) lleva en la ficción el nombre de Harún al Raschid; los vinos ya no tienen los antiguos nombres vascos, sino que han sido reemplazados por los apellidos árabes; las transacciones comerciales se evalúan en pares de medias (“betinyanis”), una de las manufacturas impulsadas por los árabes en el país. Y, a diferencia del escéptico desenlace de Sarah, un nieto de un conductor de camellos, Boadbil Chacrur Atala, llega a ser elegido Presidente de la República<sup>40</sup>. El hecho de que la sátira de Bunster haya tenido tres ediciones en el mismo año de su aparición, creemos que refleja que el miedo a esa inmigración sigue latiendo pasada la mitad del siglo.

Pero, en definitiva, el prejuicio y el propio endogenismo de la colectivi-

<sup>39</sup>*Ibidem*, p. 3.

<sup>40</sup>Enrique Bunster. *Un ángel para Chile*, Santiago. Editorial del Pacífico S.A., 1959.

dad, no impiden que los árabes puedan insertarse efectivamente en la sociedad receptora, ascendiendo muchos de ellos hasta la cúspide en las más diversas actividades. Por cierto en el comercio y en la industria, como también en las finanzas, en la política, en el clero, en el mundo del deporte, en el de la cultura y en el de los espectáculos. Así lo atestiguan, entre tantos otros, los apellidos Abumohor, Awad, Cauas, Cumsille, Feres, Garib, Hales, Hirane, Hirmas, Labán, Massad, Said, Saieh, Tarud y Yarur.

### *A MODO DE EPILOGO*

Loreto Piddo Mujaes, cuyo matrimonio con el señor Hernán Diban Ananías se efectuará hoy sábado 16 de marzo, a las 19.00 horas, en la iglesia Recoleta Dominicana (Avenida Recoleta N° 759). Serán padrinos de la novia don Nazif Piddo Dacaret y la señora Miriam Mujaes de Piddo, y del novio, don Williams Muñoz Varas y la señora Elena Ananías viuda de Diban. Bendecirá la ceremonia religiosa el R.P. Cristián Sotomayor Larraín (*El Mercurio*, Santiago, sábado 16 de marzo de 1996, Vida Social, p. A 7).

Paula Andrea Hasbún Ramírez, cuyo matrimonio con Cristián Omar Prieto Díaz se efectuará hoy sábado, a las 21.00 horas, en la parroquia de los Santos Angeles Custodios (Avenida Providencia 251). Serán padrinos de la novia don Elías Hasbún Zerruck y la señora Graciela Ramírez de Hasbún, y del novio, don Joaquín Prieto Díaz y la señora Liana Díaz Flores. Bendecirá la ceremonia el reverendo padre Raúl Hasbún (*El Mercurio*, Santiago, sábado 23 de marzo de 1996, Vida Social, p. A 9).

Hoy sábado 11 de mayo, a las 19.00 horas, en la iglesia del colegio Santa Ursula (Nueva Costanera 4190), se efectuará el matrimonio de la señorita Marcela Llorente Hitschfeld con el señor Jorge Andrés Larach Kattan. Serán padrinos de la novia don José Llorente Herbach y la señorita Alicia Hitschfeld de Llorente, y del novio don Jorge Larach Said y la señora Beatriz Kattan de Larach. Bendecirá la ceremonia el R.P. Raúl Hasbún (*El Mercurio*, Santiago, sábado 11 de mayo de 1996, Vida Social, p. A 20).

En honor del Presidente de la República y señora. El empresario José Said ofreció una comida en honor del Presidente de la República, don Eduardo Frei, y señora, en señal de aprecio y reconocimiento por la exitosa gira efectuada recientemente. A la cena fueron invitados todos los integrantes de la comitiva oficial que acompañó al Presidente, transcurriendo la noche en un ambiente grato y relajado, en el cual hubo brindis, risas y recuerdos del viaje. El Primer Mandatario, saliéndose de protocolo, permaneció en la comida departiendo con los comensales hasta pasada la una de la madrugada (*El Mercurio*, Santiago, sábado 15 de marzo de 1977, Vida Social, p. A 13).